

Notas de andar y ver

JESÚS SILVA HERZOG-MÁRQUEZ

Me siento tan lejos del místico como del mecánico. La transubstanciación me parece tan incomprensible, tan misteriosa como la combustión. Quizá por eso disfruto en estos momentos un par de libros —uno sobre católicos, otro sobre ingenieros— que me hablan de aquello que, por serme tan ajeno, me determina.

El primero es *Tres poetas católicos* de Gabriel Zaid. El libro se acaba de publicar pero no es muy nuevo. Se trata de un reciclaje de textos publicados en distintos sitios. Al hablar de Zaid pensamos de inmediato en el Voltaire mexicano, en el crítico lúcido y constante de la realidad mexicana, en el intelectual que no se deja fotografiar, en el intelectual que no cae en la tentación de adular al lector. Un hombre que jamás da entrevistas y que tiene como norma no hablar de los políticos. Hombre eminentemente práctico: el ingeniero que está dispuesto a calcular los sonetos posibles en idioma español y el espacio que abarcaría su escritura. El resultado, por cierto, es 10462. Para guardar todos estos sonetos no bastarían todas las bibliotecas del mundo. No bastaría siquiera el planeta Tierra, ni el sistema solar, ni la galaxia. Este es el cálculo de Zaid: "La Vía Láctea tiene la forma de una lenteja de 100,000 años-luz de diámetro y 10,000 años-luz de espesor. Esto da unos 10^{53} kilómetros cúbicos de espacio. Pero el total de sonetos posibles (microfilmados o en archivo magnético) requeriría de unos 10^{53} kilómetros cúbicos de espacio. Pero el total de sonetos posibles (microfilmados o en archivo magnético) requeriría 10^{450} kilómetros cúbicos. O sea millones de millones de galaxias enteras." (La máquina de cantar).

En *La ciudad y los poetas* dice "escribir no es más ni menos empresa, no es más ni menos actuación, no requiere más ni menos talento que hacer negocios. La diferencia económica está en la aceptación social. Si se acepta que la corbata es indispensable, producir corbatas puede ser negocio. Si la gente creyera que los sonetos son indispensables como las corbatas, los sonetos también serían negocios."

Cuando Zaid reunió su poesía en *Cuestionario*, Octavio Paz advertía que "la fama de Zaid como crítico de la sociedad puede ocultarnos a otro Zaid, más, esencial y secreto: el poeta." Es en su poesía donde su estilo se expresa con mayor fuerza: palabras cristalinas que no se empañan con adornos retóricos; inteligencia desnuda. Empresario, ingeniero, poeta, Gabriel Zaid es hombre de fe. Digo de fe no de sermones. Enrique Krauze ha detectado la presencia del heterodoxo católico Emmanuel Mounier en la obra del autor de *El progreso improductivo*. Rara vez se hacen explícitas sus convicciones religiosas, pero de repente, con la limpieza de su palabra, brotan.

No busques más, no hay taxis.
Piensas que va a llegar, avanzas,
retrocedes, te angustias,
desesperas.

 Acéptalo
por fin: no hay taxis.
Y ¿quién ha visto un taxi?
Los arqueólogos han desenterrado
gente que murió buscando taxis,
mas no taxis.

 Dicen
que Elías, una vez, tomó un taxi,
mas no volvió para contarlo.
Prometeo quiso asaltar un taxi.
Sigue en un sanatorio.
Los analistas curan
la obsesión por el taxi,
no la ausencia de taxis.
Los revolucionarios
hacen colectivos
pero la gente quiere taxis.

Me pondría de rodillas si apareciera un taxi.
Pero la ciencia ha demostrado
que los taxis no existen.

El libro de Zaid sobre López Velarde, Pellicer y Ponce, los tres poetas católicos del título, tiene en su prólogo un magnífico ensayo sobre la cultura católica que constituye algo así como la otra visión de los vencidos. El ensayo se publicó en *Vuelta* hace muchos años. Vale la pena releerlo. El punto de contacto de los tres poetas es pertenecer a una "tribu cuyo contexto se perdió: los poetas y artistas que creyeron que era posible ser católicos y modernos. (...) El sueño de crear una cultura católica moderna fracasó hasta el punto de que ni siquiera es historiado, de que la tradición crítica recibida no conserva siquiera una precaución que diga: hay cosas de la cultura mexicana que nunca entenderás, si ignoras que el catolicismo mexicano soñó con la modernidad."

El libro sobre ingenieros que estoy leyendo se titula *Invention by Design*, escrito por Henry Petroski, profesor de ingeniería civil en la Universidad de Duke. Petroski había escrito en 1989 una fascinante biografía del lápiz: *The Pencil. A History of Design and Circumstance*, publicado por Knopf. El libro estudia eso: la evolución del lápiz como un admirable producto de la ingeniería, como prodigioso artefacto de la civilización. El lápiz es, a fin de cuentas, una estructura porque es un compuesto de materiales diseñado para sostener cierto peso. Se parece, por lo tanto, a las alas de un avión o a las puertas de un puente. Por ello la punta del lápiz debe ser suave para deslizarse pero firme para deshacerse bajo la presión de la mano. Al leer el estudio de Petroski podríamos llegar a la conclusión de que la hazaña de tener instrumentos portátiles que sirven para escribir, cuya cabeza de grafito puede marcar un plano con exactitud sin manchar irremediablemente el papel, aparatos baratísimos que tienen una punta resistente y fácilmente renovable es tan admirable como colocar una nave en Marte.

En este nuevo libro sobre el trayecto de la idea a la cosa, Petroski estudia el proceso de ingeniería que ha conducido a la creación del zipper, la lata de aluminio, el fax, los aviones y los puentes. El primer capítulo se refiere al clip. Un objeto sencillísimo, insignificante, una cosa que usamos constantemente sin otorgarle ningún valor. El clip se puede usar sin que nosotros tengamos que ensamblarlo, no necesita pilas ni instructivos. Parece el objeto menos interesante del mundo. El clip, sin embargo, es una miniatura del genio de la inteligencia práctica. Funciona porque sus codos pueden abrazar un montoncito de papeles. La clave es la elasticidad del material, estudios sobre la flexibilidad del armazón, miles de dibujos que tratan de mejorar la estructura que pueda prensar el papel sin lastimarlo.

Hablando de aparatos para escribir, es también interesante la historia del teclado de la máquina de escribir. Siempre me ha parecido un enigma la disposición de las letras en el teclado que usamos. El teclado QWERTY (llamado así por ser las primeras letras del teclado de izquierda a derecha) parece absurdo. Podríamos pensar que las letras más utilizadas en inglés, DHIATENSOR, deberían ser las letras más accesibles. Pero la letra E está en la hilera de arriba y la A, debe ser pulsada por el dedo más débil de todos. Ha habido muchos intentos por reemplazar el teclado QWERTY. De hecho, en 1932, se diseñó uno nuevo conocido como DSK (teclado simplificado Dvorak) que demostró ser infinitamente mejor que el teclado tradicional. Todos los records de velocidad los ha ganado el teclado DSK.

Stephen Jay Gould, estudioso de la biología, experto en dinosaurios y excelente ensayista, se ha preguntado por el origen y la sobrevivencia de este teclado tan imperfecto en un ensayo publicado en *Bully for Brontosaurus in Natural History*.

Si vemos la segunda fila del teclado, veremos la siguiente secuencia: DFGHJKL. Una cadena de consonantes, que no incluye las primeras dos del alfabeto. Elio indica que el concepto original del teclado fue el de ordenarlas, precisamente, en una natural secuencia alfabética. Pero, ¿por qué se quitaron las vocales de la hilera principal? ¿Por qué se dispersaron las letras más comunes a sitios lejanos? Resulta que el problema con el fácil acceso de las as y las es era que, curiosamente, se alcanzaba una velocidad excesiva. Este exceso de velocidad provocaba un desastre mecanográfico: los brazos de la máquina no tenían el tiempo necesario para regresar a su lugar de reposo y se atascaban. Alguien podía redactar una página de prosa exquisita y encontrar que el papel sale de la máquina con una larga cadena de Es. El teclado QWERTY fue funcional precisamente porque hacía la escritura más lenta y, debido a las deficiencias de la tecnología accesible entonces, más eficiente.

La segunda pregunta es ¿por qué ha sobrevivido este teclado? la respuesta que ofrece el darwiniano es que la casualidad –sea biológica, histórica o tecnológica– abre un camino con consecuencias en cascada. Los mamíferos tardaron 100 millones de años en convertirse en los animales que reinan en el planeta y solamente tuvieron esa oportunidad cuando se extinguieron, por hechos contingentes, los dinosaurios. Un grupo político

que llega al poder por una casualidad se puede eternizar en el poder. Así el teclado QWERTY, un accidente tecnológico, un arreglo trivial y caprichoso en su momento ha fundado una tradición que solamente puede quebrarse en una revolución, ¿Quién será el valiente que propone cambiar el teclado de las computadoras y convoca a millones de usuarios a tirar sus habilidades mecanográficas a la basura?